
La acción creadora y soteriológica mediada por la psicoterapia

José Ricardo Alvarez, S.J.*

INTRODUCCION

Hoy más que nunca, se hace necesario un diálogo profundo entre el psicoterapeuta y el teólogo. Si la Iglesia post-conciliar desea establecer un encuentro sincero y franco con el hombre de hoy, no puede ignorar a los psicoterapeutas auténticos, sino que debe relacionarse con ellos, en un diálogo directo, sin obstaculizaciones a-priori de orden teológico y moral.

Especialmente importante y fecundo resultaría el diálogo alrededor de la praxis terapéutica, enmarcada en un horizonte de comprensión, más amplio, propio de una

cosmovisión y antropología cristianas. Para el teólogo, los avances y logros en la psicoterapia, lo mismo que para el psicólogo creyente, podrán ser leídos como mediaciones concretas de la acción creadora y salvífica de Dios. La capacidad depurativa de la psicoterapia profunda, es además un aporte significativo para la Iglesia y el creyente, en cuanto que hace posible:

1. Una fe madura, purificada de las desviaciones patológicas que pueden pervertirla e inhibirla.
2. Una apertura mayor a la acción de la gracia, lo mismo que una disposición mayor para una praxis de la fe cristiana más profunda y valiosa.

* Psicólogo, Universidad Javeriana; Alumno del ciclo básico, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

“En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuerza de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior”¹.

En el presente trabajo pretendo ubicarme en el lugar del teólogo que reflexiona sobre la praxis psicoterapéutica. Es una lectura (una aproximación) teológica del proceso psicoterapéutico y especialmente de la acción mediadora del psicoterapeuta. Por la pretensión de ser verdaderamente teológica, respeta la autonomía de la acción psicoterapéutica, (y por lo mismo, no la distorsiona), e intenta penetrarla, relacionándola, con referencia al hombre en proceso de salvación. Para ello deseo hacer intervenir mi experiencia como terapeuta y también como paciente, la cual he querido interpretar desde la perspectiva de mi fe cristiana. Creo que, así leída, la experiencia terapeuta tiene un *sentido* más amplio y profundo, pues se enmarca desde un *horizonte de comprensión* que le aporta una dimensión enriquecedora. Con la convicción que esta hermenéutica es una alternativa realmente valiosa para los terapeutas abiertos a la fe cristiana o por lo menos a la axiología propia del

Evangelio y la persona de Jesús de Nazareth. La condición de posibilidad en la que se funda esta forma de ver la praxis terapéutica, es una experiencia religiosa cristiana que quizá palpita, en germen, en lo más hondo del corazón de muchos terapeutas que dicen no experimentarla.

Creo que la experiencia terapéutica auténtica es una mediación privilegiada de la gracia, de la acción creadora y salvífica de Dios, que puede actuar secretamente pero de modo eficaz en la relación terapeuta-paciente, aún cuando ninguno de los dos manifieste una convicción a este respecto.

¿A qué tipo de psicoterapia haremos referencia? Ante la diversidad de sistemas y escuelas que constituyen los conocimientos actuales sobre el comportamiento humano, no es posible hablar de la psicoterapia, sino de diversas perspectivas. Creo que algunas de las reflexiones del presente trabajo tendrían validez para los diferentes enfoques en cuanto tienen una finalidad común: el crecimiento de la persona humana. Pero con frecuencia las reflexiones se fundamentarán en la práctica terapéutica propia del psicoanálisis o fundada en él.

Supondremos siempre la acción del terapeuta que realiza éticamente su trabajo, movido por intereses altruistas y con sinceros deseos de servir como instancia favorecedora

(1) Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes* No. 10.

de condiciones más humanas en las personas que solicitan su ayuda.

En la primera parte del trabajo, haremos referencia a la praxis psicoterapéutica como tal; las cuestiones religiosas implicadas, los objetivos y metas, el papel del terapeuta y el consultante, la antropología que subyace al proceso terapéutico.

En la segunda, propondremos algunos aspectos importantes para cimentar el diálogo entre psicoterapeutas y teólogos. Partiendo de las bases antropológicas necesarias en este diálogo en las que se explicita lo religioso como algo perteneciente a lo profundamente humano, el teólogo puede aproximarse al proceso psicoterapéutico interpretándolo a la luz de su fe como una mediación de la acción creadora y salvífica de Dios. De allí tomaremos bases para reflexionar sobre algunos aspectos que tienen que ver con las relaciones entre psicoterapia, fe religiosa cristiana, y acompañamiento (asesoría) espiritual.

La tercera parte es la culminación de las reflexiones previas; no podría ser sino una "cristología" que en la perspectiva del teólogo constituye el sentido último y el paradigma de la humanidad nueva donde la psicoterapia es una mediación muy significativa.

I. LA PRAXIS PSICOTERAPEUTICA

1.1. La cuestión religiosa en la psicoterapia

Como ciencia positiva, la psicología en sus diversos enfoques y

escuelas no se ocupa *directamente* de (no tiene como objetivo) la dimensión religiosa del hombre. Menos aún puede pronunciarse sobre la verdad (o "falsedad") de las representaciones, simbologías, comportamientos religiosos. Pero es un hecho que las encuentra a cada paso; puede observarlas, describirlas, analizarlas en cuanto objetos y contenidos de la conciencia y el comportamiento.

Incluso puede poner entre paréntesis el contenido de realidad de tales representaciones; esto es legítimo desde su epistemología implícita como ciencia autónoma. La reflexión sobre la naturaleza íntima de los contenidos, referentes simbólicos-comportamentales y su implicación de sentido para el hombre de hoy, es propia de la teología, *otro* abordaje válido de la experiencia humana con su propio método y su autonomía científica.

Desde la psicoterapia profunda podemos encontrar hoy, al menos, tres maneras de enfocar la problemática religiosa. En primer lugar estarían Freud, el padre del psicoanálisis y parte de sus actuales seguidores; lo religioso debe ser trabajado para ser suprimido; es calificado (a veces a-priori) como alienante, y la capacidad depurativa psicoanalítica debe liberar de este yugo a los pacientes. El ateísmo es visto como signo de salud mental. "Si algo revelan las distintas manifestaciones religiosas, es inmadurez personal, más o menos acentuada,

dada la afectividad perturbada que exhibe todo creyente"².

El potencial salvífico del psicoanálisis debe enfilarse contra el conjunto de trastornos afectivos manifestados con "características sindrómicas análogas psicodinámicamente a las de los mecanismos proyectivos paranoides y a las de la neurosis obsesiva-compulsiva"³; Toda vivencia religiosa es ilusoria.

Otras posturas consideran la vivencia religiosa como realidad inmanente y siempre presente aún inconscientemente, pero que ejerce una influencia eficaz y real en el hombre. Antes los problemas suscitados durante el tratamiento, el terapeuta intenta soslayar, hacer rodeos, no enfrentar radicalmente la situación, y no hace más que un análisis interpretativo de la simbología, sin relación alguna con sus referentes ontológicos.

Grupos de terapeutas en la línea de Viktor Frankl y sus trabajos sobre logoterapia; lo mismo que numerosos terapeutas creyentes de otros enfoques en la línea psicoanalítica han encontrado en estos contenidos religiosos elementos de gran validez y ayuda en cuanto al pronóstico en la terapia.

1.2. Objetivos y metas de la psicoterapia

Hay una gran diversidad de enfoques terapéuticos; los diversos puntos de vista parecen diferir considerablemente, no sólo en los métodos o técnicas, sino también en sus objetivos, conceptos básicos y orientaciones filosóficas⁴. Pero todas las escuelas ofrecen a sus clientes condiciones favorables y las consiguen. El paciente se alivia y a menudo se cura de sus trastornos.

Particularmente nos interesa ver qué se propone como "deber ser" en una psicoterapia, sin que la siguiente descripción sea exhaustiva; nos puede dar algunas bases para la reflexión.

Con la ayuda del terapeuta, el consultante puede "reorganizar las fuerzas de su personalidad, dirigir su energía afectiva por canales constructivos e impedir que dicha energía se siga disipando en forma de disociaciones o substituciones o en otras formas neuróticas o evasivas. La finalidad del psicoanálisis es liberar al paciente de los miedos invalidantes, de la aflicción y las inhibiciones, y permite obtener el

(2) Stella A. "Análisis del fenómeno de la increencia, desde el psicoanálisis" en "La no creencia, causas y motivaciones". Celam 1983, pág. 9.

(3) Idem.

(4) Patterson, C.H. "Teorías del Counseling y psicoterapia". Editorial Desclée de Brower, Bilbao 1978, pág. 618.

suficiente *insight*⁵ para manejar los conflictos ordinarios y el *stress* moderado de la realidad⁶.

Logra además el reconocimiento de la importancia de los propios patrones de conducta por parte del consultante y las relaciones que éstos tienen con las primeras influencias ambientales y culturales o con las primeras relaciones y experiencias interpersonales. Comprenderá el paciente el significado de dichas situaciones y su actitud ante las mismas.

Se establecen patrones de vida más racionales, más constructivos, más sanos.

Podrá también darse cuenta del atractivo del mundo proporcionándole así otra postura al paciente, más favorable ante los otros hombres. Enfatizando esto, Mitscherlich⁷ dice que la psicoterapia analítica "no puede afirmar que su meta sea convertir al paciente en un ser capaz de amar, pero sí puede decir que intenta ayudarle a "poder-amar-más".

1.3. El papel del terapeuta

¿Qué podría esperar una persona necesitada de ayuda psicológica, con respecto a un terapeuta auténtico y verdaderamente ético? No existe el terapeuta ideal, pero en general:

Con su actitud de interés y receptividad, "y la aceptación no-reprobatoria respecto a los problemas de su consultante, sentimientos y temores, le ayudará a éste a reconocer sus propias emociones y a comprenderse mejor"⁸.

Ayuda a su paciente a investigar el origen de sus afecciones examinando la historia de su desarrollo a diversos niveles: somático, psico-sexual, relacional, familiar, etc. Lo mismo que los impulsos coercitivos y las actividades del individuo.

Intenta favorecer su tranquilidad y su autoconfianza, orientarlo y persuadirlo para que pueda ventilar libremente sus problemas. Alivia la angustia, de la oportunidad de un marco tolerante y empático donde

(5) *Insight* es un término técnico que hace referencia al factor central del proceso psicoterapéutico y es la condición previa de todo cambio duradero en la personalidad. El *Insight* consiste en la adquisición del conocimiento de la propia realidad psíquica; es la percepción nueva, integradora, comprensiva de la situación y la vida del paciente o consultante; en él, aprende a relacionar de otra manera los elementos conflictivos y vitales de su situación personal. Este conocimiento de sí mismo, resulta muy curativo. Ejemplos de *Insight* son en la psicoterapia analítica, los momentos en los cuales el paciente comprende la naturaleza de sus mecanismos neuróticos, se hace cargo de sus fantasías edípicas, toma contacto con el inconsciente colectivo, recupera los recuerdos que habían sucumbido a la amnesia infantil etc. Implicando una toma de conciencia sobre el presente y el pasado que aparecen ahora en una perspectiva diferente que rectificaba la distorsión anterior.

(6) Kolb, L.C. "*psiquiatría clínica moderna*" Edición de la Prensa Médica Mexicana. México D.E., 4a. reimpresión pág. 730.

(7) Mitscherlich, M. "*El neanálisis de Schult Hencke y su relación con la religión*" en "*Psicoterapia y experiencia religiosa*". Editorial sígueme, Salamanca 1967, pág. 9.

(8) Kolb, L.C. op. cit. pág. 732.

pueda desahogarse francamente y discutir con el terapeuta los problemas y preocupaciones que ordinariamente no discutirá con otras personas. (Esto con respecto a dudas, angustias, problemas familiares, sentimientos de culpa, vergüenza, resentimiento, odio, etc.).

Las intervenciones del terapeuta ayudan a dar un sentido a la problemática del paciente, a buscar por sí mismo soluciones más duras y responsables para sus conflictos. A encontrar por sí mismo el significado de los síntomas y corregir la percepción errónea en lo que respecta a los problemas personales; tendiendo a que realice una auto-crítica serena, madura, constructiva.

Ayuda a producir una "descargar" muy benéfica terapéuticamente de las emociones almacenadas, reprimidas, lesivas (generalmente de rabia, miedo, odio, aflicción).

Ayuda a metabolizar sentimientos de hostilidad que pueden ser dirigidos contra el terapeuta en el ir y venir de la transferencia y la contratransferencia.

Capta pacientemente la confianza y la cooperación; trata de lograr una "Alianza terapéutica".

Se alía con las "partes positivas" del paciente, con sus esperanzas.

Ha pasado por un análisis personal, prolongado, por finura ética, que le ha proporcionado un adecuado conocimiento de sí mismo; con ello espera no interferir en la curación del paciente por la proyección de sus propios conflictos y resistir los ataques transferenciales. Ha tenido una prolongada formación teórica y una buena supervisión en su trabajo clínico⁹.

Es capaz de una labor abnegada, constante, paciente, persistente; posee la erudición necesaria. La preocupación prudente y respetuosa por el paciente como persona humana. Además, una gran capacidad de escuchar. Tiene también fuentes extra/profesionales de satisfacción y seguridad que favorecen su labor¹⁰.

Profesionalmente muy ético, guarda el secreto; no asume el caso de un paciente que no podría tratar adecuadamente; no engaña ni prolonga el tratamiento innecesariamente; busca ayuda cuando lo considera necesario, se actualiza, estudia, consulta.

Se desempeña bien como recolector y transmisor de "insight" y entendimiento; como curador de enfermos y dolientes¹¹, no es el investigador frío.

Sabe valorar y justipreciar la importancia de los diversos paráme-

(9) Fromm Reichmann, F. "La personalidad del terapeuta" Editorial Paidós, Buenos Aires, 1977. Pág. 9.

(10) Idem pág. 19.

(11) Greenson, R. "Técnica y práctica del psicoanálisis". Editorial Siglo XXI, México 1980, pág. 378.

tros de la experiencia, sin una inflexibilidad férrea.

Muestra la capacidad de una relación muy especial, de aceptación positiva, incondicional. Es sincero y honesto. Manifiesta, siente una suficiente confianza y seguridad en el enfoque con el que maneja su terapia.

1.4. El papel del consultante o paciente

Debe confiar y percibir positivamente al terapeuta para que su colaboración pueda tener éxito.

Debe creer que el cambio es posible y el terapeuta puede ayudarlo.

Tiene que ser *activo* en su propia curación, su papel es siempre protagonista.

A su modo, vive una *fe* y una *esperanza* en sus posibilidades, en la técnica y en el terapeuta.

1.5. La Antropología Implícita

¿Qué rasgos de la concepción del hombre y del ideal de lo humano subyacerían en estos planteamientos, que pudan ser resaltados entre otros?

El hombre tiene capacidad de tomar decisiones bastante libres (libres *de*, pero especialmente libre *para*); es poseedor de un potencial de crecimiento y desarrollo que se manifiesta en un proceso de autorrealización.

Es un ser capaz de cambio (Vs. determinismos mecanicistas).

Los trastornos y padecimientos indeseables, en cuanto tales, hay que intentar cambiarlos.

La conducta también depende de las consecuencias que se *esperan* y desean para el futuro. No sólo influyen el pasado y el presente. El hombre es también un hacerse que puede ser favorecido.

II. EL DIALOGO PSICOTERAPIA-TEOLOGIA

Como podemos observarlo en esta somera descripción, tanto la relación implicada en la psicoterapia como el proceso mismo incluyen una cantidad enorme de elementos que nos posibilitan una reflexión teológica. Vistos en su conjunto, estos elementos contienen valores que un cristiano reconocería muy vinculados a la axiología propia del Evangelio y a una concepción cristiana del hombre a la luz de la Escritura. Podría captar también la relación y el proceso terapéuticos como acciones concretas y mediadoras de la gracia que actúa secretamente en el corazón de todo hombre que obra y favorece el bien, el amor, el crecimiento y la realización de otros hombres.

2.1. Algunos fundamentos epistemológicos

La teología, lo mismo que las demás ciencias, tiene que pensar los temas relevantes de su tiempo. En su régimen interno y en la forma de articular su discurso, es una ciencia autónoma pero en el repertorio de sus temas relevantes, depende de la cultura, de la sociedad y de las

situaciones históricas que la desafían y le proponen cierta dirección en sus planteamientos y reflexiones.

El discurso teológico no es inmediato sino que está mediatizado por las ciencias humanas: es una palabra segunda pronunciada sobre la primera que han dicho las ciencias. Así es como la teología tiene la oportunidad de aportar.

Para nosotros, el tema de la psicoterapia con todo el auge que ha logrado en nuestro tiempo, tiene también un relieve teológico. En primer lugar nos preguntamos: ¿cómo el proceso y la relación psicoterapéutica revelan a Dios? Y en segundo lugar, ¿cómo Dios se revela en ese proceso y esa relación tan peculiar?

Está claro que la teología no puede privilegiar sin más, cualquier texto o palabra de las ciencias. Las diversas escuelas psicológicas no producen resultados homogéneos. Hay diversidad de métodos con resultados e intereses diferentes. La fe nos sirve de horizonte, de luz orientadora en la elección de textos y "palabras primeras" que han de ser privilegiadas. Como creyente el teólogo respeta la autonomía de la racionalidad psicológica; pero no renuncia a su identidad de fe, sino que propone ciertos valores, opta por ciertos métodos y acciones que detecten mejor y se adecúen más perfectamente a los valores que ella busca; o que denuncien

con más claridad los desvalores e imposturas que condena.

El propio estatuto de la fe inclina al teólogo a asumir los resultados y aceptar los métodos que se compaginan con las intenciones de la fe; por ejemplo, la fraternidad, la promoción de la dignidad humana en todas sus dimensiones, el amor; en otras palabras la salvación y liberación del hombre como tarea que comienza *ya*, y que habrá de tener su consumación escatológica¹².

Para el teólogo, la realidad humana con sus implicaciones es portadora de un sentido

Para el teólogo, la realidad humana con sus implicaciones es portadora de un *sentido* no siempre detectable a primera vista pero capaz de ser desvelado por la reflexión, por el discurso teológico como dirigido y regulado por la fe, que desentraña la estructura de sentido subyacente a los hechos (en nuestro caso, a la psicoterapia) y pone de relieve el sistema no directamente perceptible, expresado en la práctica psicoterapéutica. De modo que a la teología corresponde radicalizar, llegar al sentido último, a la realidad incondicional de las cosas. Reflexiona a partir de la fe en Dios, interroga a lo psicoterapéutico desde una modalidad doble: hasta qué punto la psicoterapia constituye un camino del hombre hacia Dios y hasta qué

(12) Una mayor profundización en estos asuntos en realidad complejos puede verse en la obra de Clodovis Boff: "*Teología de lo político; sus mediaciones*" Ed. Sígueme, Salamanca, 1980.

punto la psicoterapia se presenta como una mediación de la acción de Dios hacia el hombre.

2.2. Algunos Fundamentos Antropológicos

La praxis terapéutica plantea una serie de preguntas que interesan mucho al teólogo. Ambos encuentran en el hombre un "lugar" central para el diálogo. Como lo hemos visto, el terapeuta que vive su profesión y su vida como compromiso con los otros, (sus pacientes o consultantes) se empeñan en favorecer sus dinamismos, sus posibilidades, su crecimiento personal.

Los avances y logros terapéuticos, por los que siempre se preocupa, se convierten en posibilidades de lograr una vida más humana, más plena, más libre, abierta a los horizontes más amplios y llenos de esperanza.

En la misma praxis, el terapeuta puede captar estos dinamismos que mueven hacia la auto-trascendencia de la existencia propia. El ser humano tiende siempre a ser más, a crecer, a buscar constantemente el sentido de las cosas de su vida; tiende a algo por encima de él. Y cuando se plantea el sentido de la vida, ya podemos decir con Albert Einstein que estamos ante un hombre religioso¹².

Más aún en el trabajo psicoterapéutico es posible percibir en el *inconsciente* no sólo los elementos impulsivos, sino en cierto sentido una dimensión "espiritual". El inconsciente implica fuerzas creadoras, tendencias prospectivas, necesidades de búsqueda de sentido. De modo que podemos concebir a la persona humana como totalidad corpóreo-anímico-espiritual. El hombre como ser consciente y responsable no es sólo posibilidad de relación con lo inmanente, sino que en este inconsciente "Espiritual" es captable una posibilidad de relación con lo trascendente, inmanente en el propio hombre, aunque con frecuencia no manifiesta, sino latente. Detrás o al fondo del yo inmanente, existe la presencia de un Tú trascendente. Para Viktor Frankl¹³ esto significa que hay siempre en nosotros una tendencia inconsciente hacia Dios; una relación inconsciente pero intencional.

Es lo que posibilita hablar de una "presencia ignorada de Dios". De modo que Dios puede sermos inconsciente; y nuestra relación reprimida, oculta a nuestra conciencia. El hombre es "homo religiosus"; y es característico en nuestro tiempo el que lo religioso se encuentra, hasta cierto punto, en lo sub-consciente.

La confrontación con los problemas religiosos resulta, pues, insos-

(12) Frankl, V. "Logoterapia y Religión" en "Psicoterapia y Experiencia Religiosa". Ed. Sígueme, Salamanca 1967, págs. 117-130.

(13) Un desarrollo más amplio de estos planteamientos puede verse en: Frankl, V. "La presencia ignorada de Dios". Ed. Herder, 1981. Págs. 21 a 33 y 67 a 89.

layable para el terapeuta profundo. A quienes les resulta desagradable, es bueno recordar que no es posible una terapia "neutral"; estos problemas que pertenecen a lo universal de lo humano, representan valores tan importantes que no es posible ni aconsejable prescindir de ellos. Quienes defiendan una psicoterapia sin "ideología" representan ya una ideología¹⁴.

Con Jung¹⁵ podemos afirmar que si tomamos en serio las investigaciones de los antropólogos y sociólogos podemos afirmar que en todos los pueblos y en todos los tiempos se encuentra una representación de Dios; la existencia de esta idea de Dios tan universal, es una *realidad* psíquica, prescindiendo del juicio que el filósofo o el científico formula en este caso.

Una vivencia tan antigua y general, debe tener un fondo de verdad; si no real, al menos psicológica. La idea de Dios es una función psicológica absolutamente necesaria de naturaleza no racional.

No tiene que ver nada (directamente) con la existencia de Dios como tal (no se puede probar). Pero la idea de un Ser Divino y Omnipotente está en todas partes presente

si no en la consciencia, al menos en el inconsciente. Es en efecto, un arquetipo.

Creo que es más sabio reconocer conscientemente esa idea de Dios, porque si no, otra cosa usurpará su puesto, ordinariamente algo poco pertinente y muy burdo.

Muchos terapeutas profundos aceptarían desde Freud la idea que el hombre utiliza la religión para hacer la vida más soportable, como si se tratara de una mula sin la que no podrían sobrellevar sus desgracias. Pero también la religión hace responsable al hombre y lo somete a veces a exigencias que muchos sienten superiores a sus fuerzas; de allí que sea comprensible el olvido en el consciente de lo religioso. Sin embargo, permanece siempre una nostalgia de Dios, de la revelación, un deseo de evitar esa nostalgia, tal que se hace comprensible el efecto asombroso producido en la terapia cuando dicha nostalgia se hace consciente¹⁶.

Carlos Gustavo Jung, que a través de sus investigaciones tuvo el mérito de descubrir los elementos religiosos del inconsciente, cometió, según Frankl¹⁷, el error de "elloificar" la religiosidad inconsciente,

(14) Sobre este asunto, recomendamos el artículo de Ringel, E. "Problemas Religiosos de la Psicoterapia" en "Psicoterapia y Experiencia Religiosa", Ed. Sígueme, Salamanca 1967, págs 103 a 114.

(15) Véanse por ejemplo sus trabajos publicados en el libro: "El hombre y sus símbolos" Editorial Aguilar Madrid, 1974.

Algunos estudios sobre la concepción Jungiana de la religión y su relación con la teología pueden verse por ejemplo en: Hostie, Raymond "El mito y la religión" Ed. Razón y Fe, Madrid, 1961.

(16) Frankl, V. "La presencia Ignorada de Dios" Ed. Herder, 1981, pág. 71.

(17) Ringel, E. "Problemas Religiosos de Psicoterapia" en "Psicoterapia y Experiencias Religiosas", Ed. Sígueme, Salamanca 1967, pág. 107.

es decir de localizar equivocadamente la presencia ignorada de Dios en el ello; dando resultado que el yo no sería responsable de lo religioso y quedaría por fuera de su competencia, su responsabilidad y sus decisiones.

La religiosidad auténtica no puede ser impulsada por un ello, ni eliciteda por un terapeuta.

En el proceso terapéutico, El creyente que descubre las huellas de un ser personal en lo más hondo de sí mismo, se siente admirado y agradecido por esa dinámica interna que lo mueve a la realización y la existencia. Puede afirmar con su fe que no sólo su existencia tiene una meta trascendente, sino además un origen personal, amoroso, que lo anima a su propia realización y a la de los otros.

2.3. La psicoterapia como mediación de la acción creadora de Dios

Para el paciente o consultante creyente, siempre tiene sentido su colaboración en el proceso terapéutico, en la medida de sus posibilidades, pues la certeza de su fe en esa *presencia* que es origen y meta de su vida lo anima en sus esfuerzos de humanizar su propia existencia y la de otros. Su vida, el mundo, la humanidad, como obras del amor personal de Dios creador, son invitación permanente a la labor humanizadora, en la que Dios creador está implicado y comprometido.

Algo similar puede decirse del terapeuta creyente; se percibe a sí

mismo por su fe, como mediación indispensable de la acción creadora continua de ese ser personal. Sabe que Dios no sule al hombre en su tarea creadora y reconstructora de humanidad. Dios, como realidad siempre presente que crea por amor, se sigue implicando en el compromiso creativo del creyente y de quienes se empeñan, comprometidos, en la labor terapéutica creadora de hombres más humanos.

No es lo mismo para el terapeuta afirmar, o no, en su vida esta realidad; el creyente se siente siempre interpelado, movido a mayor profundidad, compromiso, servicio, ayuda; es una fuerza que lo invita a vencer siempre la inercia que tiende a sufrir cuando se conquista una posición, un logro terapéutico relevante. Además se siente con *esperanza*; los esfuerzos terapéuticos tienen sentido; siempre vale la pena el amor, el esfuerzo por propiciar un crecimiento, la lucha por la primacía de "Eros" sobre "Thanatos".

La opción humanista del terapeuta no es, pues, solitaria desde esta óptica; el terapeuta creyente sabe que tiene un interlocutor, un *Alguien* al cual responde fuera del hombre mismo. Su responsabilidad no es sólo frente al paciente. Se sabe delante de *Alguien* que *cree* en su capacidad de responder, que corre el riesgo de su propia libertad, que espera su participación.

El teólogo nos recuerda que podemos descubrir el hecho por el cual no depende de nosotros ser y existir. Somos creaturas, seres dialógicos que recibimos nuestro ser

como tarea, y llamados al compromiso responsable y libre en la historia. Para el creyente, no es posible la realización en la soledad, prescindiendo de Dios y/o de los otros. El hombre es un hacerse en las relaciones con los demás hombres. Sólo dando cauce a la sed profunda de comunicación y relación, puede el hombre crecer en el camino de su autotranscendencia, el amor y la libertad. Y esto sólo va lográndose en el encuentro profundo con los otros que son a su vez, mediación de la presencia de Dios. A través de las diversas mediaciones y relaciones, Dios continúa su acción creadora en nosotros. El proceso psicoterapéutico, la relación especialísima paciente-terapeuta es mediación privilegiada de la actividad creadora de Dios.

Desde este *horizonte*, la acción terapéutica del creyente desemboca en una *posición ética* más profunda que en el caso del terapeuta inmanentista. La dimensión *personal* del hombre, vista desde la fe, subraya la solidaridad humana; en el paciente es posible encontrar a un ser con igual dignidad a quien debe respetar, ayudar a crecer, a realizarse. Las técnicas, la psicología deben ser utilizadas rectamente sólo para el bien de todos los hombres, y de modo especial de los más pobres y necesitados. Nunca para los intereses de un grupo dominante, un aparato estatal, una ideología política deshumanizadora, unos intereses económicos injustos. El creyente sabe ante quién responder; la fe en la creación encierra un motivo de confianza y responsabilidad en *Dios* y ante *Dios*; hay, pues, un factor de

exigencia intrínseco que fundamenta su acción y su ética.

2.4. La Psicoterapia, como mediación de la acción salvífica de Dios

Para el creyente, la fe en el Dios creador y el compromiso responsable por la humanización del mundo y de la historia entrañan ya una historia salvífica. El Dios creador el Dios salvador; tal afirmación tiene un profundo eco bíblico. El terapeuta cristiano se siente motivado a luchar contra las alienaciones que impiden una humanización más plena del hombre, imagen empeñada de Dios, sentido y culmen de la creación. La acción terapéutica tiene siempre sentido, tiene dimensión de eternidad y es verdadero servicio de Dios.

Así se unen escatología y proyecto humanizador desde la psicología. El cristiano que, por su compromiso como psicólogo, se empeña en la realización del hombre en la historia, vive su *esperanza* de un modo peculiar y *colabora* con Dios en su plan salvífico, que culmina más allá de la historia. Realiza de este modo su misión de creatura en solidaridad con los otros hombres; ayuda a conducir la historia para devolverla a Dios, plenitud y meta de su existencia. La dinámica humana, así desarrollada y realizada, irá encontrando su plenitud en la intimidad con Dios a través del compromiso histórico que se vive también en la terapia. Somos parte de una creación abierta, tensionada hacia el futuro, hacia la realización de la esperanza y el encuentro

definitivo con Dios. La labor terapéutica es una instancia en este proceso.

En este contexto son significativas las palabras de J. Dominian:

*“En lo más profundo de todas las formas de psicoterapia se da una búsqueda por descubrir e integrar elementos del yo que no suelen conocerse, que son destructivos o incompletos. Es este, sin duda, un intento por llevar a cabo la totalidad humana, que refleja a su vez con mayor precisión la imagen de Dios en el hombre. La totalidad por sí misma no es suficiente, porque está separada de la fuente de su origen, que es Dios. Sólo cuando la totalidad conseguida por medios psicológicos, se una a su fuente, se alcanza la santidad, y este es el objetivo último de toda reorganización humana auténtica alcanzada psicológicamente”*¹⁸.

El teólogo puede constatar que el lenguaje de la fe, se ha expresado muy a menudo en categorías terapéuticas¹⁹. El término más característico es “soteria” (salvación). En la Biblia, las connotaciones terapéuticas del término tan recurrido son claras: *salvar* es también curar, sanar, devolver la integridad a la vida física y anímica, sustraer a un peligro, proteger, defender, dar apoyo y seguridad, lograr la paz,

vencer el miedo, superar la angustia, librar de la culpa, etc. Como lo veremos más adelante, los hombres del Nuevo testamento quisieron testimoniar un Jesús que tiene como objetivo en su vida, *salvar* en sentido pleno. (Lc. 9,56; 19,10; - Jn. 3,17; 5,34; 12,47; - Mt. 15,24).

Conversión cristiana y génesis de la personalidad del sujeto no pueden concebirse como independientes. No se da madurez en la fe sin madurez en la persona. El proceso de conversión no es ajeno al proceso psicoterapéutico, ya que la enfermedad psíquica aparece en relación con bloqueos y regresiones en la historia de la persona. La psicoterapia puede modificar la vida religiosa de una persona en el sentido de una conversión (o de una des/conversión), y a su vez el movimiento de conversión pone al descubierto necesariamente los conflictos psíquicos del individuo e impele a resolverlos en una línea de superación. La curación de los contenidos psíquicos que se presentaban como religiosos y patológicos no son para el teólogo elementos en los que se constituye propiamente lo cristiano. La psicoterapia puede ser liberadora de la falsa religión, y este “vacío” hace propicia la religiosidad auténtica. Una correcta psicoterapia no cancelará lo genuino de la fe del creyente, sino que, la hará más libre para optar maduramente por ella.

(18) Dominian, J. “Desafío de psicología a la práctica de la Fe” en “Concilium” (176) 1982 pág. 367.

(19) Cfr. el artículo de X León Dufour, “salvación”, en *Vocabulario de Teología Bíblica*. Ed. Herder Barcelona 1965, págs. 733-738.

2.5. Relaciones entre psicoterapia y fe religiosa cristiana

Es importante afirmar, antes de seguir, que el terapeuta en cuanto tal (profesionalmente) no está interesado directamente en cuestiones religiosas durante el proceso terapéutico. Cuando éstas surgen de algún modo, éticamente está obligado a observar una tolerancia sin reservas frente a las convicciones religiosas (o ateas) del paciente. Si el terapeuta es creyente, su labor en cuanto tal no es diferente; pero en cuanto hombre, la dimensión religiosa de su paciente, sí ha de revestir un interés peculiar. Este ha de brotar espontáneamente: sabe como creyente que en el interior de todo hombre existe esa posibilidad, aunque para algunos sea un "ya pero todavía no"²⁰.

Pero es claro que debe distinguirse siempre lo que es función terapéutica de la función sacerdotal²¹. Así como el terapeuta no creyente ha de respetar y dejar en el paciente la fe que tiene, o que ha depurado, o que ha recobrado a partir del proceso analítico, así también el terapeuta creyente dejará al sacerdote y al teólogo lo que les es propio: su ministerio.

La posibilidad de ventilar en la psicoterapia la problemática implicada en la religiosidad, es propia del creyente que habla a otro creyente. No es igual la perspectiva del investigador frío que interpreta simbologías de carácter religioso, que por la carencia de fe no revistan algún interés peculiar en esa dirección. Tampoco tendría derecho a utilizar la religiosidad del paciente con fines terapéuticos, como si se tratara de uno de tantos remedios útiles; esto no sería más que degradar la religión.

Y si es cierto que la religión tiene efectos psicoterapéuticos eficaces su motivo primario no es terapéutico en el mismo sentido. Su finalidad es la salvación de la persona toda, aunque sus efectos sean la salud o el equilibrio psíquico. La fe cristiana, por sí misma, no es un seguro o una inmunidad contra los posibles conflictos²² ni asegura una vida tranquila; da más que la psicoterapia, y exige también más de la persona.

"Toda interferencia mutua entre estos dos campos que de hecho pueden llevar a los mismos efectos, ha de evitarse absolutamente cuando la intención res-

(20) Otros autores han trabajado bien este problema; véase por ejemplo, Richard P. Vaughan S.J. "Orientación psicológica humanístico-cristiana. Introducción al Counseling religioso". Ediciones Centro de Proyección Cristiana. Lima, Perú 1983, págs. 19 a 51 y 160 a 165.

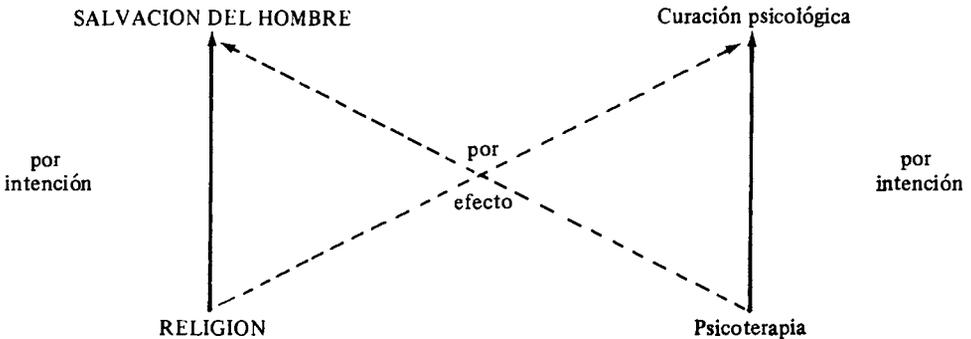
(21) Frankl Viktor E. "La presencia Ignorada de Dios". Ed. Herder Barcelona, 1983, pág. 82.

(22) Véase la obra de Bellet y Col., "Psicología y Espíritu" de Ediciones Paulinas Españolas, editado en 1971. Especial interés reviste el artículo de Maurice Bellet titulado "Psicología y espiritualidad" en las págs. 113 a 137.

pectiva es ajena a la del terreno en el que nos movemos”²³.

También la psicoterapia con respecto a los fines de la fe religiosa tendrá un valor *por efecto*, pero no *por intención* directa. Si la psicoterapia sirve a la religión, por cualquier razón, podrá hacerlo desde su inalienable autonomía e independencia puesto que sólo así serán útiles a la teología los resultados imparciales y objetivos de una investigación independiente. Si la psicoterapia llega a probar que el psiquismo humano es “*anima naturaliter religiosa*”²⁴, lo habrá logrado como una ciencia independiente de la religión.

Haciendo más gráficas las interrelaciones, tendríamos:²⁵



Es necesario además hacer una anotación: los fines respectivos de la psicoterapia y la religión no están propiamente situados en un mismo plano esencial. La dimensión en la que avanza el hombre religioso es superior y tiene mayor amplitud. Su crecimiento se da en la fe y abarca la totalidad de la persona humana, en su dimensión inmanente y trascendente. Sin olvidar que el psicoanálisis tiene la pretensión de la cobertura total, no supera lo inmanente humano²⁶.

Como tampoco están al mismo nivel los factores religiosos generados en la neurosis eclesiógena²⁷, y los efectos saludables y positivos de la fe religiosa en un proceso de curación o psicoterapia; los efectos psico-higiénicos así logrados son

(23) Frankl, V.E. “*La presencia ignorada de Dios*” op. cit. pág. 84.

(24) Idem, pág. 85.

(25) Idem, pág. 90.

(26) Un excelente libro de Maurice Bellet “*Fe y psicoanálisis*” editado por la sociedad de Educación Atenas, 1974, constituye una referencia apropiada para profundizar mejor en estos aspectos.

(27) El término “*neurosis eclesiógena*” suele emplearse por parte de algunos autores para significar las perturbaciones de tipo neurótico favorecidas por la educación religiosa tradicionalista y concepciones morales de legalismo rígido, tal como no pocas veces se ha impartido en algunas iglesias, en connivencia con las propias familias.

producidos como niveles y elementos diferentes de lo que generalmente se llama "religión".

Si bien es cierto que el terapeuta de hoy está llamado a intervenir en cuestiones de angustia existencial y de sentido vital,²⁸ no necesariamente ligados a síntomas y enfermedades concretas; y si es inevitable que hoy los hombres angustiados en mayor número acudan con preferencia a la ayuda de un terapeuta experimentado y no al "pastor de almas" o al sacerdote, la psicoterapia no tiene por qué convertirse en una "dirección espiritual", aunque con tanta frecuencia se le solicite para ello.

Sería de gran utilidad a pastores y sacerdotes el estudio de los descubrimientos de la psicología profunda. A todos ellos podría exigírseles que empleen en su servicio el amplio panorama de la humanidad y el perfeccionamiento de la técnica en la dirección espiritual que le ofrece la psicología profunda analítica.

2.6. El trabajo común: compañerismo espiritual y psicoterapia

A partir de diversas experiencias se ha podido constatar que muchas perturbaciones de la conducta corrientemente atribuidas a motivos religiosos, en realidad han tenido una causa psicodinámica, es decir

neurótica. En los casos de comportamientos tenidos de una religiosidad insana, he visto por ejemplo, que la religión sirve de racionalización, de disculpa. Estos afectados dan al mundo un triste ejemplo de religiosidad desfigurada, antinatural, de efectos desalentadores. El neurótico que encuentre en la religión al culpable de sus desgracias, podrá sentirse "Libre" cuando acabe la labor depurativa de la psicoterapia... Pero ¿después que le sucederá?

Es el terapeuta quien puede constatar por qué muchos de estos pacientes no logran vivir algunas de las orientaciones o lineamientos religiosos concretos; por ejemplo, el amor a los otros como a sí mismos, el perdón de las ofensas, etc. El terapeuta puede señalar.

Las razones psicológicas profundas que convierten alguna de estas orientaciones en un problema para determinada persona. Si un neurótico, por ejemplo, en su ambivalencia considera a Dios como bueno y malo simultáneamente, la psicoterapia será la única que puede descubrirlo y analizarlo²⁹.

La psicoterapia está vinculada a la problemática moral; ante la confrontación entre impulso y conciencia moral, ¿cuál será la decisión del paciente? No podemos olvidar acá que el paciente puede caer en una

(28) Véase el artículo de Linderberg, W. "El deber pastoral del médico en una era secularizada". Publicado en "Lo Humano de nuestro tiempo" por Bitter, W. y Col. en Ediciones Sígueme, Salamanca, 1968, págs. 319 a 334.

(29) Ringel, E. Op. cit. pág. 110.

culpabilidad real, muy diferente del sentimiento neurótico de culpabilidad. Tras de ventilar los problemas viene la libre opción del paciente; la psicoterapia puede ayudar en muchos casos a la toma de una decisión nueva en la vida, en la línea de la conciencia personal coincidente con las orientaciones religiosas. Pero puede suceder lo contrario. Estas cosas deben ser reflexionadas a fondo.

En todo caso, el psicoanálisis y la psicoterapia profunda abren a menudo la puerta para entender y vivenciar a fondo los contenidos de los valores evangélicos y religiosos; se despeja una actitud nueva del hombre para con el otro. La psicoterapia profunda pone así al alcance del hombre una meta cristiana como, por ejemplo, la posibilidad del amor al prójimo. En lo sucesivo, el camino para ambos (asesor espiritual y asesorado) resulta llano. "Al tiempo que se realiza el análisis, la fe se revela a través de todo como lo que no muere, como aquello que a través de todos los azares, las decepciones, las crisis, vuelve a abrir el camino inaugurado por Cristo y del que da testimonio, como una luz que nace en la sombra más profunda, el Evangelio. A cada uno compete descubrirlo y recorrerlo en la medida de sus fuerzas"³⁰.

III. LA ACTIVIDAD TERAPEUTICA DE JESUS

Hemos podido observar que en la realidad vital de la curación y la terapia, confluyen muchos elementos (científicos, humanos, religiosos) los cuales actúan mucho más de lo perceptible a simple vista.

Las religiones enfrentan la cuestión de la curación no tanto a través de las explicaciones que puedan dar de ella, sino

*"merced a los dinamismos que ponen en movimiento, a las perspectivas y esperanzas que vuelcan sobre la situación humana. Se presentan como garantes de la autenticidad del ansia de curación, secundan las fuerzas de la vida y se oponen a las degenerativas"*³¹.

Centrándonos más en la persona de Cristo, encontramos en los hombres del Nuevo Testamento que nos han dejado su testimonio sobre El, un interés muy especial en destacar su labor como "terapeuta"³²; para ellos, la actividad terapéutica de Jesús era una manifestación clara y significativa de la acción creadora y salvífica de Dios, una señal muchas veces actuada de que el Reino de Dios ya estaba presente.

(30) Bellet, M. "Crisis analítica y vivencia de la fe" en "Concilium" (99) 1974, pág. 278.

(31) Mongillo, A. "La curación" en "Concilium" (99) 1974, pág. 234.

(32) Entiéndase "terapeuta" en el sentido soteriológico propio de la Revelación, como antes los comentamos; esta connotación es, de todos modos, análoga en muchos aspectos a lo que se entiende en la psicología profunda por dicho término.

La principal enseñanza de Jesús sobre la curación "reside en la sana realidad de su vida y en la actitud que adoptó ante los enfermos: los 'convierte', los saca de su postura de espera pasiva, provoca el cambio de su actitud ante la vida. Orienta su atención hacia otras realidades, los distrae de sí mismos y los concentra en los aspectos fundamentales de la condición humana"³³. Abre así perspectivas extraordinarias para una vida nueva como hombres curados a través de su mensaje salvífico.

Y no sólo nos interesan acá las curaciones psicósomáticas, que como signo profético esclarecen y corroboran el mensaje acerca de la llegada y la inminencia del Reino de Dios, sino también las acciones de Jesús que liberan al hombre de los bloqueos (a veces muy profundos) que le impiden una relación con Dios abierta (y por tanto con el otro), llena de confianza e impulsada a la acción³⁴.

En los pasajes paradigmáticos de la pecadora (Lc. 7,36-50), Zaqueo (Lc. 19,1-10) y el joven Rico (Mc. 10,17-22; Lc 18,18-23, Mt. 19, 16ss) vemos cómo Jesús presta atención a la situación del hombre a quien se dirige. Reconoce en el encuentro su apertura o el bloqueo frente a Dios (y por tanto frente a los otros). En gran parte, la actividad de Jesús se dirige a romper

estos bloqueos y estimular la apertura.

¿Cómo podríamos agrupar esos bloqueos?

1. Bloqueo por una falsa seguridad en la existencia

Jesús mira con mucha inquietud la inclinación humana hacia el asegurar la existencia y darle sentido con la riqueza, el prestigio, los honores, el poder, el placer; la salvación no se consigue acumulando "tesoros". Sólo salva la apertura del corazón ante Dios y los otros (Lc. 12,16-21); "la cosecha abundante" no puede disipar las preocupaciones vitales; es una falsa alusión.

Jesús pide y aún exige a su discípulo, que sepa distinguir entre lo esencial en su vida y lo realmente accesorio (Mt. 625.33); de todos modos, el fenómeno de la preocupación es valorado como integrante de la verdad del hombre.

"La preocupación radica en que la existencia personal está expuesta al riesgo; a la vez, ofrece el entronque antropológico para una intensa y profunda relación con Dios. El peligro del hombre estriba, evidentemente, en que la preocupación, esa gran energía, en vez de fijarse en Dios y ser aquietada por el, puede perderse miserablemente en el mundo"³⁵.

(33) Mongillo, A. op. cit. pág. 234.

(34) Kahlefeld, H. "Jesús como terapeuta" en "Concilium" 99, 1974 págs. 338 a 343. Acá seguiremos de cerca su trabajo.

(35) Kahlefeld, H. op. cit. pág. 341.

2. Bloqueo por una falsa imagen de Dios

Jesús se esfuerza para que sus interlocutores lleguen a una relación creyente y confiada en Dios que en realidad sea liberadora y favorezca el desarrollo de toda potencialidad humana. Libera al hombre de la lucha por la auto-justificación. La parábola de los orantes en el Templo (Lc 18,9-14), enfatiza el juicio de Jesús según el cual es el pecador y no el justo solícito, (el fariseo), quien ha comprendido la libertad de la gracia de Dios. En los fragmentos del discurso evangélico de Jesús (Mt. 6.1-6.16-18) nos hace ver la no respuesta de Dios a las obras "religiosas" y "piadosas" cuando una intención secundaria (búsqueda de honor, prestigio, reconocimiento) las hace impuras. Además, cuando se ha tomado verdaderamente en serio la Majestad de Dios, no tiene el creyente por qué temer excesivamente los poderes terrestres (Lc. 12,4).

3. Bloqueo por el vínculo esclavizante de la Ley

El mensaje de Jesús insiste en que no es el cumplimiento de preceptos, leyes, y normas, lo que de por sí es salvífico. Jesús mostrando una imagen diferente de Dios, se hizo "amigo de los pecadores" (Lc. 7,34).

Hoy tenemos con frecuencia la realidad de muchos "cristianos"

que, formados en un esquema moral tradicional, tienen como referencia de su comportamiento un código de leyes "divinas", cuya transgresión constante provoca obsesionantes sentimientos de culpabilidad neurótica. Es posible, hoy, identificarse con Cristo, seguirlo y vivir una vida moral como Él pudo enseñarla y ponerla en práctica. Como Cristo, estamos llamados a provocar un cambio profundo en las relaciones del hombre con la Institución religiosa encargada de conservar unas leyes y de fundamentarse en ellas. El camino que lleva a Dios no es el legalismo que lleva el mismo nombre. Como Cristo, los cristianos consideramos que es necesario, hoy también, desplazar el centro de gravedad de la religión y hacer inútil la institución organizada para defensa y mantenimiento de la ley. Es causa cristiana la lucha contra la observancia neurótica de las leyes. Debemos sentirnos movidos a denunciar la mezquindad y la estupidez legales, si queremos vivir como cristianos el amor efectivo al prójimo.

Tampoco Jesús tenía algo de asceta obsesionado por la perfección. Se quedó en medio del pueblo, frecuentando a todos, a los profesionales de la religión y a la gente dudosa. Vivió con una libertad que ningún hombre "religioso" se animaría a otorgarse. Su mensaje fue la antineurosis; frente a una sociedad rígida, legalista, despreciativa, pudo mostrar la comunicación verdadera y el amor que lleva y hace presente a Dios. Jesús, el hombre libre que prefiere transgredir antes que obe-

decer una ley coercitiva y además infantilizante³⁶.

4. Bloqueo por la culpa

Sobre el problema de la culpa, tendríamos que comentar; una visión teológica en diálogo con la psicología profunda sobre este tema, es una veta muy rica para ser explorada, pero rebasa los límites del presente trabajo. Tengamos en cuenta algunos aspectos:

Cuando Jesús saca a los culpables de su aislamiento, comparte y vive con ellos revelándoles el amor de Dios que perdona, congrega y recupera, sus conflictos llegan a los extremos con las autoridades de su tiempo. Testimonio de esas graves tensiones, es el insulto proferido contra Jesús: "amigo de los pecadores" (Lc. 7,34). Véase también el pasaje de (Mc. 2, 15-17).

En ese acercamiento y solidaridad terapéutica de Jesús con los culpables, revela un Dios que no espera sus obras de expiación, purificación o penitencia, sino que por pura gracia, por iniciativa propia comienza con la reconciliación, ya que desea recobrar lo que se había perdido (Lc. 15,4-7 y Mt. 18,12-14 "La oveja perdida". Todo ello en un contexto de gran alegría: Lc. 15,8-10 "La dracma perdida" y Lc. 15,11-31 "El hijo pródigo").

5. Bloqueo de la capacidad de obrar el amor

Quien ha sido liberado por Jesús en virtud del encuentro y la relación con esta persona excepcional, logra una inmediatez especial con Dios y una vinculación profunda a su voluntad. Se pone en marcha de este modo una historia personal del obrar en el que se constata felizmente esta conformidad con Dios, pero a la vez (dolorosamente) la posibilidad real de la infidelidad y las propias fallas.

El seguimiento de la voluntad de Dios, no es otra cosa que el seguir a Jesús; el qué hacer se descubre más que en los mandamientos, en el *obrar* en situaciones concretas. A este propósito, la parábola del "Buen Samaritano" es muy aleccionadora (Lc. 10,29-37).

La vivencia del amor en una perspectiva nueva con respecto al Antiguo Testamento es ahora el signo de la filiación divina; no podemos juzgar en lo sucesivo de las relaciones de los demás con Dios, ya que El es "bueno con los ingratos y perversos" (Lc. 6,35). A este propósito vale la pena considerar todo el texto de Lc. 6,27-35, que podría interpretarse en el mismo sentido.

La parábola de los talentos (Mt. 25,14-30) es para nosotros un

(36) Solignac, P. "La neurosis cristiana" Editorial Bruguera, Barcelona 1975, pág. 220.

modo didáctico de facilitar el comprender la importancia decisiva (histórica y escatológica) que tiene para nosotros el hacer fructificar los dones y virtualidades en la modalidad del seguimiento de Jesús a la que se nos invita. La parábola toda es una invitación al compromiso *activo* con tales dones en favor de la empresa de Dios que no es otra cosa que hacer más humano el hombre y su mundo. El juicio de Jesús sobre la piedad legalista, la religiosidad inmovilizadora y pasivizante, incapaz de empresa alguna, se manifiesta en el caso del tercer siervo: por miedo a la severidad de su señor, no *actúa* en favor de su causa. La bendición de los dos primeros siervos ratifica cómo ese *actuar* los dones, potencialidades y talentos, completa la liberación del hombre.

Característica también importante de la actividad terapéutica de Jesús es que sustrae la enfermedad de los intentos tortuosos de atribuírla al pecado (Jn. 9,2-3) y la empareja con un proceso de crecimiento, con un plan a menudo misterioso en el que el hombre es invitado a amar, a vivir en plenitud. La curación de Jesús no es el simple restaurar las fuerzas. si no la recepción de una *vitalidad* (Lc. 6,19) que se abre a una vida nueva y a los otros. Se libera la capacidad de amor es decir, la capacidad de secundar el plan creador y salvífico de Dios sobre el hombre.

Para Cristo, la curación es conversión, capacidad de aceptar la realidad, es liberación. Curarse es empezar a ser capaz de asumir, de compartir y desarrollar las posibilidades humanas, anticipando así la plenitud a la que estamos llamados en Cristo. La misericordia hacia los hombres, en la fidelidad a Dios que "no es Dios de muertos sino de vivos" (Mc. 12,27) y en la oposición al poder del mal (del que la enfermedad concreta sería la manifestación) (Lc. 13,16), induce a Cristo a tomar sobre sí el dolor humano y a intervenir de una manera terapéutica y liberadora; actúa en virtud de la fuerza y presencia creadora y salvífica de Dios (Lc. 5,17) y fomenta el deseo de sanar (Mc. 10,51).

Podemos interpretar el pasaje de Mc. 16,14-20 como un "lugar" del testimonio del evangelio, donde Jesús transmite a sus discípulos, en el momento de la misión definitiva, su poder, en virtud del cual serán continuadores de su labor terapéutica. Hoy como entonces, los hombres estamos asociados a la actividad salvífica de Cristo, mediada por la labor curativa. "El que había curado por un Don del Padre (Lc. 5,17; Jn. 5,19 y ss.) hace participar a los hombres en la curación de los enfermos y muestra que Dios no actúa en competencia con su creación sino que la asocia en la realización plena del bien humano"³⁷. En particular podríamos

(37) Mongillo, A. op cit. pág 236.

decir, hoy. que Cristo no excluye la contribución de la psicología, sino que la provoca. situándola en el contexto de las realidades a que está vinculado el hombre y que influyen sobre él. Es una buena noticia.

De modo que los psicólogos terapeutas. como depositarios que son de una virtualidad curativa, tienen la responsabilidad de vivirla. Se los invita a continuar la obra liberadora y terapéutica de Cristo para lograr una relación viviente con Dios. Es posible lograr hoy un diálogo terapéutico, una *relación* que tenga en cuenta la apertura de la existencia interpelada por Dios.

“Esta revelación hace de la curación una perspectiva: es una meta humana y exige valor para quererla y conseguirla, liberando la capacidad de acoger y de dar, participando en el proyecto de

la edificación de la vida. Al mismo tiempo hace del hombre una expectativa. Suscita en él la conciencia de que se le pide que acepte, se maraville, piense, viva, desee y actúe de manera compatible con la grandiosidad y el misterio de la existencia; es decir, que sea espiritualmente creador. El hombre está estructurado para responder a quien lo llama, adquiere significado al percibir la exigencia, enferma cuando, por negativa o incapacidad, no colabora en lo que se le pide, no llega a ser lo que está destinado a ser. La respuesta plena a su condición existencial es premisa de salud. En la visión cristiana de la vida, la curación es un brote de armonía solidaridad y trascendencia; es un proceso en el que confluyen la iniciativa de Dios, la respuesta del hombre, la solidaridad humana y la inserción en el mundo”³⁸.

(38) Idem.